

# DIOS EN MI BÚSQUEDA DE LIBERTAD

Por Ivone Gebara<sup>1</sup>

¿Por qué hablar de Dios dentro de mi búsqueda de libertad? ¿Por qué poner a Dios y a la libertad en correlación? La respuesta podría ser, porque aprendí de la tradición religiosa cristiana que Dios nos llama a la libertad, que Dios nos quiere libres. Eso está bien, pero pienso ir más lejos y profundizar en mis sentimientos y en algunas imágenes que me han habitado, en relación con Dios.

Dios, en mi experiencia de vida, nunca ha estado marcado por la claridad. Al contrario, fue siempre algo oscuro, fue para mí una “persona” o un ser especial que no me ha permitido, jamás, sentirme cómoda con él y conmigo misma. Era “algo” bastante desconocido, pero un desconocido muy particular, poderoso y con una fuerte imagen masculina. En realidad tuve siempre dificultades en decir que amaba a Dios. El amor me recordaba la ternura, la comprensión mutua, el intercambio, el diálogo y no sentía nada de eso cuando se trataba de Dios. Él se mostraba más como soledad que como comunicación, más distante que próximo, más duro que tierno, más desconocido que conocido, más juez que amigo. Era una especie de intruso espiritual que comandaba mi mundo de una manera poco clara. A menudo, envidiaba a la gente que tenía certezas respecto a Dios y, sobre todo, en relación con lo que él les pedía. Para mí era la oscuridad casi total. Siempre he titubeado en esta relación como si en cada nuevo momento de mi vida hubiera debido aprender un nuevo paso a dar en esta misteriosa búsqueda de comunicación.

No sé de dónde surgen mis primeros balbuceos sobre Dios. Ciertamente de mi medio familiar, pero no tengo recuerdos precisos de enseñanzas sobre Dios en mi casa. Las referencias a él estaban incluidas en los hechos cotidianos de la vida con mis padres y otros miembros de la familia. Desperté a la existencia con esta palabra, Dios, como un término familiar, pronunciado en portugués o en árabe, que quería decir a veces una cosa y, a veces, otra bastante diferente; palabra potente que se asociaba a un ser capaz de protegernos y de ayudarnos en nuestros desamparos y en nuestros miedos [...]. La aprendí cuando comencé a hablar [...].

Dios tomó para mí, en primer lugar, el rostro de un juez capaz de medir mis buenas y mis malas acciones. Me acuerdo del ojo de Dios en un triángulo, dibujado sobre un altar de una de las iglesias que frecuentaba. Él me vigilaba todo el tiempo, según me decían los adultos y, por consiguiente, sabía todo sobre mí. Y yo no sabía mucho de él. La asimetría de nuestra relación era evidente [...]. Sin embargo, me demandaban amarlo y obedecerlo, pero yo no sabía muy bien cómo hacerlo. No sabía lo que era amar a Dios. Se me decía que bastaba con obedecer a los adultos y que así obedecía a Dios y se le amaba. A veces, me preguntaba a quién obedecería cuando fuese adulta [...].

No me atrevía a plantear los interrogantes sobre Dios en mi casa ni en la escuela. Esperaba comprender un día lo que los adultos pensaban, a pesar del bloqueo que sentía en mi mente cuando se trataba de Dios. Para consolarme, me decía que me faltaba todavía tiempo para crecer y comprender.

Durante casi toda mi infancia y mi adolescencia, tuve un miedo íntimo de Dios, un miedo que me hacía a veces temblar con la idea de un castigo, del infierno o de que un

---

<sup>1</sup> Selección de textos de las pp. 165-180 del capítulo 5, “Dios y la libertad”, de Ivone GEBARA. *Las aguas de mi pozo: Reflexiones sobre experiencias de libertad*. Montevideo: Doble Clic Editoras, 2005.

adulto pudiera descubrir mis pensamientos pecaminosos. Mi relación con esa imagen de Dios nunca me ha gustado y no era fuente de ningún placer, de ninguna alegría o distensión. Él me quería perfecta y buena según la perfección y la bondad que los adultos próximos a mí me proponían y, a menudo, este modelo de perfección no me agradaba.

Este Dios en mi interior controlaba mis pensamientos, mi cuerpo, mis pequeños placeres y el descubrimiento de mi sexualidad. Tenía siempre miedo de él, miedo a desagradarle. Peor aún, estaba casi convencida de que le desagradaba. Tenía miedo de morir en estado de pecado y de ser castigada por la eternidad [...]. Este Dios me angustiaba. Sí, me molestaba y me angustiaba, sobre todo cuando era necesario ir a confesarse. ¡Me horrorizaba la confesión! [...]

Mi historia con Dios continuó su camino a pesar de este malestar. Por un lado, se me hablaba de la bondad y de la justicia divinas, pero tenía dificultades en comprender ya que, por otro lado se me decía que las enfermedades, las guerras, el infierno y el fuego eterno eran castigos de Dios... Esto era radicalmente diferente, contradictorio, opuesto y, no pudiendo seguir el razonamiento, mantenía esto como parte de mi ignorancia y buscaba averiguar más u olvidar a Dios, ya que pensaba yo, ¡nunca llegaría a amarlo!

Mi cuerpo se sentía mal con este Dios, y también mis pensamientos que se adaptaban difícilmente a un rostro tan contradictorio. Me sentía más culpable cada día, porque en mi interior no me sentía cómoda con Dios. Mi culpabilidad era profundamente religiosa. Pensaba que no era como Dios me quería y que no lograría serlo. No era suficientemente obediente, agradable, piadosa, casta. Me preguntaba por qué él me había impuesto este sufrimiento de no comprenderlo, de no ser como él quería [...].

Dios estaba siempre allí, en mi entorno, pero no comprendía nada de él ni de su lógica. Yo no lo rechazaba, al contrario, lo buscaba casi sin cesar [...].



A los dieciocho años, cuando pensé en la vida religiosa, Dios tenía para mí un rostro un poco diferente. El Dios-Juez que me hacía temblar estaba siempre allí, pero el Dios-Justicia comenzaba a abrirse su camino. Tenía deseo de cambiar el mundo, de ser libre, de hacer cosas diferentes, de cambiar el curso de las cosas, pero como no era posible hacerlo sola o con mi familia y me parecía que no podía ser feliz sola, decidí hacerlo con un grupo guiado por Dios; era más seguro. Me orientaba entonces hacia personas que me parecían felices dentro de instituciones religiosas y que ayudaban a otros en nombre de Dios.

No experimentaba todavía nada significativo sobre Dios en mi vida, pero esas personas me parecían convencidas de que la fuente de su lucha por la justicia y la solidaridad era Dios, y eso me permitía sentirme un poco más cómoda. La imagen que tenía de Dios se desplazaba hacia otra referencia y mejoraba [...]. Dios comenzó a convertirse, de alguna manera, en mi aliado. Lo vivía en mi intimidad, a pesar de todas las dudas que tenía. Me refería a él en mi súplica de justicia sin buscar demasiado experiencias sensibles de su presencia.

Cuando entré en la congregación, a los veintidós años, Jesús ocupó de cierta forma el lugar de Dios. Era más concreto, más fácil de comprender, de seguir, aunque los dogmas cristológicos me incomodaron mucho siempre. Dios quedaba como en un segundo plano en mi vida, como el sol de donde llegan todas las cosas. Pero ya no me preocupaba y no me esforzaba más por comprenderlo, a pesar de las grandes tensiones que tenía en ese momento de mi vida.

El Dios de Jesucristo se convirtió en mi Dios y en el Dios de los pobres, de los sedientos de justicia e igualdad. Pasaba a ser una referencia interior y exterior para mis

pensamientos y mis acciones. En esa época, me sentía más cómoda, más coherente conmigo misma, menos agredida por los prejuicios de mi infancia.



De hecho, la cuestión de Dios no me ha abandonado nunca durante toda mi vida. Y ahora en este periodo más tardío de mi vida, mientras que mi deseo es simplemente permanecer en un gran misterio, a menudo, soy invitada a hablar de Dios, a reflexionar sobre Dios, a realizar exposiciones sobre él. Ahora bien, cada vez sé menos cosas y tengo cada vez menos ideas sobre Dios [...]. Entonces, en mis conferencias o en mis cursos, hablo de nosotros, mujeres y hombres en la búsqueda de un sentido que pueda llenar nuestra existencia [...].

Hoy, más que antes, pensar en Dios es para mí bastante difícil. Dios, ¿qué es lo que es?, ¿quién es? Mis interrogantes existenciales se añaden al gran número de preguntas planteadas por muchas personas sobre la lógica de la existencia y de algunas imágenes de Dios. Las escucho y me doy cuenta que estas preguntas son realmente interrogantes sobre sí mismos, sobre el sentido de la vida humana, sobre los problemas de fondo que afloran a la superficie de nuestra existencia, sin que nos demos cuenta verdaderamente. Buscamos un ser poderoso, distinto a nosotros, del que podríamos intentar descubrir su voluntad sobre este mundo. Y esto llega, a menudo, por una cierta enajenación de nuestra propia voluntad o de nuestra responsabilidad social. El sistema jerárquico actual en nuestras culturas nos obliga a pensar la transcendencia fuera de nosotros, como algo radicalmente distinto a nosotros [...]. Y esta forma de convertirlo en un “objeto” fuera de nosotros se vuelve una de las fuentes de nuestra angustia con relación al Misterio que somos y en el que estamos. Digo todo esto ahora, después de muchos años de búsqueda y de silencio.

En un sentido, el concepto Dios, como el concepto libertad, contiene varias realidades inagotables que se ajustan a distintos modelos de pensamiento y que pueden ser utilizadas por distintas ideologías [...]. Por mi parte, me gusta decir y repetir que Dios es un concepto vacío y que, en este concepto vacío, puedo aceptar poner los valores que llevo o que nosotros llevamos en el corazón. Puedo también comprender los contenidos que otros definen como siendo Dios. Construimos nuestro contenido de Dios a partir de nosotros mismos, a partir de nuestras búsquedas de sentido, de nuestros amores, de nuestras elecciones en la vida. Generalmente nosotros no tenemos conciencia de este proceso. Creemos en la objetividad del ser divino como realidad transcendente y absolutamente separada de nosotros; creemos en un ser en el cielo, todopoderoso, viviendo por él mismo y en él mismo.

Creo que en nuestros conceptos de “Dios”, ponemos nuestra propia realidad, nuestra manera de actuar en sociedad, nos incluimos a nosotros mismos, nuestras preguntas y nuestras respuestas, de acuerdo a nuestra historia personal y colectiva. Podemos reducir a Dios a nuestros problemas existenciales y creer que vienen de él, pero también podemos decirnos que nuestros problemas vienen de nosotros y deben ser solucionados por nosotros mismos. Dios, el Misterio, puede ser todo y más allá de todo.

Todo está en este Misterio mayor y el Misterio mayor está en todo. Tener conciencia de este proceso de humanización del misterio inefable en nuestra historia relativiza nuestras concepciones religiosas y nos permite ser más humildes y estar en diálogo con los diferentes enfoques del misterio.

[...]

En los años 70 y 80, se hablaba de Dios como el liberador de los pobres. Nadie más que Dios tiene verdaderamente la preocupación por los pobres, decían los teólogos de la liberación. Eso me encantaba, me apasionaba incluso, e iba lo más lejos posible en este razonamiento. Hasta llegaba a decir que Dios no tenía otra elección que cambiar de manera

ética el mundo a partir de los pobres [...]. Esto para mí era una afirmación de fe. La libertad, incluso de Dios, se condicionaba por el amor y el amor no podía elegir sino la justicia hacia los más pobres. Mi lógica parecía perfecta y me alimentó a lo largo de mis compromisos por la justicia en el mundo [...].

Este Dios liberador era exigente. El tiempo de la liberación estaba allí y era necesario no perderlo. Todas nuestras energías debían ir en este sentido y así juntos llegaríamos a ver, al menos en parte, el Reino de Dios sobre la tierra a menudo identificado con un proyecto político y económico.

Pero la confianza de ver realizarse estas esperanzas históricas pasó muy rápidamente. Como otros, me fui dando cuenta de una cierta ingenuidad en nuestros análisis y en nuestras expectativas. El cambio no se hace con la buena voluntad de un pequeño grupo, ni aun dentro de nuestras iglesias; la complejidad social exigía otros análisis. Un pluralismo de enfoques debía intervenir en esta visión ética y teológica, aunque yo creía entonces que uno solo de ellos era capaz de devolver la justicia a los pobres.



En los años 80 y 90, la miseria de los países del sur aumentó. Los pobres se duplicaron en las grandes ciudades del Tercer Mundo. El tráfico de drogas a escala nacional e internacional con todas sus consecuencias, sobre todo para las poblaciones pobres, pasó a ser una plaga. La concentración del beneficio económico en las manos de una minoría de países y grupos parecía crecer [...].

Del mismo modo, en estas dos décadas en América Latina, la cuestión de Dios se amplió a partir de otros puntos de referencia: ¿será necesario hablar de Dios como Él, como Ella, como ser supremo, como energía en todos los seres? ¿O será necesario guardar silencio ante este concepto tan complejo, capaz de producir amor y temor? ¿Qué queremos decir cuando decimos Dios? ¿Qué quiero decir cuando digo Dios? Estas cuestiones fueron la entrada del feminismo en el pensamiento teológico y en mi propio pensamiento [...]. Por otra parte, comencé a darme cuenta, desde otro ángulo, de la opresión vivida por las mujeres de los medios populares. Conocía su opresión pero nunca había tenido conciencia del papel de la religión, y especialmente de la teología, en la acentuación de esta opresión. Las mujeres me cuestionaban con sus interrogantes. Yo me abría a otras perspectivas y a otros modelos de pensamiento. Mis ojos veían lo que no habían visto antes. Mis oídos escuchaban lo que no habían podido escuchar. Y yo me descubría diciendo cosas insospechadas en mi lógica teológica de antes.

Los sufrimientos de las mujeres pobres me planteaban el desafío de pensar la fe de un modo diferente, de pensar su vida de otra forma en las distintas instituciones sociales. Las feministas, desde otra perspectiva, me invitaban a reflexionar sobre las cuestiones relativas al cuerpo femenino en la teología. ¡Nunca había tenido tantas cuestiones sobre las cuales reflexionar al mismo tiempo! Y luego, en este contexto, la pregunta sobre Dios volvía a presentarse como una clave importante. El Dios de los hombres parecía liberarlos en algunas luchas sociales, pero justificaba al mismo tiempo la soberanía masculina en la sociedad, las iglesias y el hogar. Las mujeres no eran sino una pálida imagen de lo divino, dado el poder y el rostro masculino del cristianismo en la historia.

Pensar a Dios de una forma diferente era pensar otros fundamentos de la sociedad, otras imágenes de la trascendencia, otros comportamientos institucionales basados sobre una mayor igualdad y justicia en las relaciones humanas. Acepté el desafío de pensar en primer lugar en el ser humano, las mujeres y los hombres, que viven en situaciones culturales diversas. Y a partir de nuestras búsquedas de sentido en nuestra historia concreta, balbucear el Misterio en el cual vivimos. En cada encuentro, en cada reunión, me sentía desafiada a articular mejor mi pensamiento [...]. El feminismo no tranquilizaba. El

feminismo teológico no aportaba la misma protección religiosa que la institución patriarcal. Los análisis sobre las imágenes de Dios en el curso de la historia habían sido útiles a un reducido número de personas, pero la mayoría había quedado con las imágenes tradicionales o, para ser más exacta, no habían tenido la ocasión de hacer evolucionar sus enfoques.

Mi perspectiva feminista también evolucionó hacia un enfoque que incluía la ecología, ya que me daba cuenta, cada vez más, que limitar a Dios a una imagen puramente antropomórfica corría el riesgo de contribuir al proceso de dominación entre nosotros y sobre la tierra. Una percepción más amplia del misterio debía incluir todo lo que existe e invitarnos a mantener vivo, como nuestro cuerpo, todo este mundo en evolución constante. Las aproximaciones a las distintas narraciones de la historia del universo, que hablan del nacimiento y la evolución del sistema solar y del desarrollo de la vida, ampliaron mi sensibilidad y mi pensamiento. La ciencia física, la química, la biología, la arqueología tenían muchas cosas de decir a nuestra fe [...].



Constato que se vuelve cada vez más difícil para mí hablar de Dios o pensar en él según las referencias tradicionales; hay en mí una contradicción existencial cuando digo Dios, una contradicción similar y a la vez diferente de la vivida en mi infancia y mi juventud. ¿Hablo de Dios como alguien diferente de mí? ¿Hablo de mí como un yo en un Otro más grande que yo? Pienso que hay muchas maneras de nombrar al Misterio de un modo diferente a nuestras propias formulaciones. El advenimiento de la reflexión sobre la importancia de la subjetividad humana nos llevó a considerar la diversidad de creencias y enfoques sobre Dios, incluso en un mismo grupo o en una misma comunidad de creyentes.

Algunas feministas me han reprochado las idas y vueltas con respecto al concepto “Dios” [...]. Ellas consideran que como feminista no debería permitirme, en el plano conceptual y en el plano teórico, vacilaciones con relación al sentido que doy al concepto “Dios”: de modo radical, no debería tener ningún trazo de identificación con el Dios del mundo patriarcal o, simplemente, del mundo masculino. Debería permitir a este concepto expresarse más allá de su historia masculina en el cristianismo.

Estas cuestiones me hicieron reflexionar. Una respuesta a estas feministas es que, desgraciadamente, existe casi una imposibilidad lingüística para nombrar a Dios más allá de un término masculino, sobre todo cuando se trata de las lenguas latinas. Y aun si digo Dios o Diosa ¡estoy en el mismo cúmulo de contradicciones! No puedo evitar los límites culturales dentro de los cuales estamos; comprendo los cuestionamientos en el plano teórico pero constato, concretamente, la dificultad de mantener una determinada coherencia.

[...]

En realidad, nuestra inconsistencia teórica y lingüística, y especialmente la mía, es fruto de una conciencia que crece intentando expresar de una manera diferente el misterio que nos habita y en el cual habitamos. Pero estas nuevas formas de expresarlo no son aún un acervo de nuestra cultura en la que la simbología religiosa más importante es la masculina. Y debemos aceptarlo ya que es imposible vivir en un oasis, al margen del discurso general, aunque a veces lleguemos a vivir algo nuevo, sobre todo en el plano del pensamiento o cuando intercambiamos con personas en una misma sintonía.

Las teólogas feministas, y me incluyo en esta categoría, caemos a menudo en las trampas de la cultura patriarcal y esto es casi inevitable ya que no podemos dejar de considerar el medio en el que nos movemos, ni tampoco suponernos condiciones diferentes de las que existen, sin tener en cuenta los condicionamientos en los cuales vivimos. El pensamiento no puede cambiar la realidad histórica por sí mismo. Los procesos

de cambio son más complejos de lo que se piensa. Somos lo que somos, aun cuando pretendemos vivir aquello que todavía no es y que forma parte de nuestros sueños de igualdad y solidaridad.

Hay atavismos en nuestras maneras de pensar. Por ejemplo, el discurso sobre Dios, lo divino, la divinidad nos coloca casi instantáneamente en primer lugar en lo masculino, como si lo divino, en los límites de la experiencia cristiana, fuera masculino y fuera un hecho demostrado de una vez para siempre en nuestra psicología religiosa [...]. Una evolución es posible, pero es necesario aceptar la lentitud de los cambios de la cultura y de nuestra psicología individual [...].

Los procesos de cambio cultural obedecen a ritmos bastante complejos y a este respecto nada es lineal. Es necesario apostar a la educación de las personas, invitarlas a pensar para convertirse en ciudadanas y ciudadanos capaces de reflexionar sobre el sentido de su vida y de sus creencias.

[...] Nos encontramos en un proceso de cambio de conceptos, en una especie de falta de precisión del significado que damos a cosas y, algo más grave aún, hablar de dios es todavía hablar de un ser con identidad propia, un ser sobre nosotros, un ser con una consistencia existencial particular. Por lo tanto, cuando decimos Dios, incluso sin una imagen precisa, seguimos afirmando una jerarquía en el ser. En otros términos, seguimos afirmando que los seres humanos vivimos en una jerarquía en la que Dios es la cumbre.

Recuerdo haber leído en un texto de Maître Eckart, que debemos incluso superar la palabra “Dios”. ¡Es un reto que solamente los místicos pueden proponer! Y, personalmente, me gusta este desafío.

He llegado a un momento de mi vida en el cual aún digo Dios, pero sin ninguna precisión al respecto; cada vez que digo Dios o suspiro su nombre en mi intimidad, tiene el mismo contenido y, al mismo tiempo, otro diferente que las veces anteriores. Lo digo sin asignarle una identidad particular. Lo digo como una respiración o un aliento, como una fuerza, un suspiro o un clamor ante las situaciones intolerables, ante la violencia creciente, ante mi propio desasosiego. Digo Dios como esperanza, como alivio, como deseo de libertad, como alegría, como amor. Pero también, me callo... No digo nada, acojo lo que es y busco hacer algo para aliviar el dolor humano. Dios es la palabra más vaga que se pueda pronunciar hoy. Es un concepto vacío. Pero también, es la palabra más utilizada por aquellos que tienen grandes certezas.

Dios es una de las palabras más subjetivas y, aun así, se la dice como si fuera una “cosa” evidente, objetiva para todos y todas. Y hay una apropiación de la palabra Dios para consolidar no importa qué poder y, sobre todo, los poderes despóticos.

Para mí, una vez más, esta palabra me remite a la palabra libertad. Dios y la libertad, han poblado los poderes políticos y los poderes religiosos. En nombre de Dios, o en nombre de la libertad hicimos la historia de occidente y de oriente, e hicimos nuestra propia historia personal.

¡Ah! Si pudiéramos sólo nombrar a Dios en el silencio de nuestro corazón, nombrarlo como el Sí y el No de la vida, nombrarlo como el Misterio que lo atraviesa todo. Pero, al mismo tiempo, si pudiéramos no decir Dios, callar y solamente vivir, intentando crear relaciones de justicia y de rectitud sería algo de gran valor en este momento. He aquí donde me ubico hoy.